



«Una palabra difícil es simplemente una palabra que aún no se conoce»

El creador guipuzcoano y una de sus ilustraciones.

El ilustrador y escritor elgoibartarra Iban Barrenetxea presentó en Donostia su duodécima novela ilustrada, titulada 'Andanzas de un flautista llamado Tristrás'

CARLOS R. VIDONDO

SAN SEBASTIÁN. Tras una década dedicado al diseño gráfico, Iban Barrenetxea (Elgoibar, 1973) decidió iniciar una nueva andadura en el universo de los libros ilustrados. Buscó y encontró un espacio para ello en Internet, durante el auge del fenómeno 'blog', donde quienes también querían ser ilustradores compartían sus trabajos en un ambiente de camaradería y compañerismo. «No hacíamos nada de cara al público, pero podíamos ver las reacciones que generaba entre nosotros. Ahí me di cuenta de que esto podía convertirse en una profesión y fue entonces cuan-

do di el paso». Un paso tras otro que, a día de hoy, ya estampa su nombre en la portada de una docena de libros, de muchos de los cuales también es autor del texto.

El último se titula 'Andanzas de un flautista llamado Tristrás' (Nørdicalibros, 2021) que cuenta la historia de Tristrás, un músico que se gana la vida tocando su flauta de pueblo en pueblo y que, a lo largo del camino, descubrirá seres extraordinarios y personajes que le guían hacia su destino. Barrenetxea lo presentó en sociedad en la librería Zubieta de San Sebastián y ahora Tristrás debe continuar su camino.

¿Ilustrador? ¿Escritor? ¿Contador de historias? «Si tuviera que definirme creo que soy un narrador que utiliza esos dos medios para contar historias». Con el pincel muestra un mundo propio con personajes caricaturizados de perfil afilado, en perspectiva plana y de colores pálidos, casi a modo de un papiro del An-

tigo Egipto. Con la pluma relata un compost que se nutre de la tradición europea de los cuentos de los hermanos Grimm, o 'El vizconde demediado' de Italo Calvino, todo bañado de un humor inglés muy selecto. Y el resultado de todo ello es un juego entre ambos medios. «En el texto, me permito no describir al detalle la casaca que lleva el personaje, porque para eso lo cuento con las imágenes. El escenario es un personaje más, no es sólo ambientación. En este libro no menciono un año o una ubicación, pues toda la estética de una época está en la vestimenta, en la arquitectura de la ciudad...».

La influencia de Norman

ANDANZAS DE UN FLAUTISTA LLAMADO TRISTRÁS
IBAN BARRENETXEA

Estilo: 4rpyoiouyuk.
Editorial: Nórdica.
Páginas: 208.
Precio: 19 euros.



Rockwell salta a la vista en dibujos que narran mucho más que el momento presente, que cuentan de dónde vienen y hacia dónde continúan. «Lo más maravilloso de Rockwell es su capacidad para contar historias con una imagen fija, da la sensación de que esos personajes que están ahí tienen una vida». Y es eso mismo lo que Barrenetxea trabaja en un estilo pictórico muy marcado por su admiración por el cine mudo y el teatro. «Que los personajes estén de perfil no es un capricho. Uso un plano fijo, como si el espectador estuviera sentado en la butaca de un auditorio y tuviera ante sí la escena. Es esa cosa teatral en la que los actores se miran entre sí y no tanto hacia el público».

Literatura ¿infantil?

Un público indefinido pues, a pesar de que sus libros estén calificados dentro de la sección de literatura infantil, el autor cuenta «historias para que cualquiera que quiera leerlas pueda hacerlo». No comprende por qué en las librerías la literatura para adultos está clasificada por géneros, mientras que la infantil está clasificada por edades. «Para empezar porque no todos los niños leen, ni todos los que leen, leen lo mismo. Igual que un libro para adultos no es para todos los adultos, porque cada cual tiene sus gustos». Barrenetxea admite que no le gusta hacer concesiones con las palabras que cree que pueden aportar ese matiz o color a la historia, «aunque no quiero abrumarles con el lenguaje porque no escribo para lucirme. Al mismo tiempo tampoco quiero sacrificar palabras por ser difíciles, porque una palabra difícil simplemente es una palabra que aún no se conoce» —y añade— «Se ha perdido la costumbre de leer usando el diccionario».

El 'contador de historias' elgoibartarra también ilustra textos por encargo, normalmente de autores clásicos lo que para él supone un hándicap. «En libros como 'Alicia en el jardín de las maravillas', que ha sido muy bien ilustrado por un montón de artistas como John Tenniel o Arthur Rackham, tienes la presión de aportar algo diferente porque si no ¿qué sentido tiene?». Un reto que, admite, le «humaniza» con frustraciones, inseguridades, agobios y «un enfrentamiento contra tus limitaciones» que forman parte de su proceso de aprendizaje. «Mi momento favorito de escribir un libro es antes de empezar, porque todo es posible y estás con la moral alta para disfrutar del proceso. Un proyecto como un libro, que requiere tanto tiempo, siempre tiene un desgaste». Y en esa pelea «siempre le va a faltar lo que has aprendido durante ese camino y eso será lo que vas a intentar aplicar en el próximo».

SALÓN DE FUMAR
ALBERTO MOYANO

La gota de Rocío



En el documental dedicado al asesinato de Rocío Wanninkhof hay un momento en el que un periodista relata la detención en calidad de sospechoso del novio de la joven. «Fue interrogado... Seguro que bajo todas las garantías legales», viene a decir el reportero y la aclaración hace que el incómodo espectador se rasque la espalda contra el sofá. Este pasado viernes, aquel novio asegurado en televisión que las cosas no sucedieron exactamente así. Más bien, fueron al revés: «Te metían tal opresión en los interrogatorios para intentar variar la versión que te llamaban 'perro judío' y hasta te daban golpes (...) Me sacaron el alma. Me decían que me iba a comer el marrón». También se recuperan imágenes de archivo del mando de la Guardia Civil que llevó la investigación o ejerció de portavoz. En su despacho luce lo que parece ser un grabado de La Concha donostiarra, quién sabe si recuerdo de su paso por estas tierras.

Estos documentales vienen a ordenar hechos, que en tiempo real nos suelen llegar en forma de revoltijo. Y de paso, nos permiten redimirnos y constatar, contra toda evidencia: «Cuánto hemos cambiado como sociedad». Ahí están las opiniones, elevadas a indicios, sobre Dolores Vázquez a partir de su aspecto y su vida personal, los 'bienintencionados' ciudadanos agolpados a las puertas de los juzgados, el jurado que condena sin responder a las preguntas que deberían argumentar su decisión o incluso la pena impuesta por el juez que, a la vista de todo esto, lo deja todo en unos modestos quince años de prisión.

La cuestión es si la condena de Dolores Vázquez fue un error de sistema o el inevitable resultado de un procedimiento habitual, y si su posterior absolución fue el fruto de improbables casualidades. O si fue al revés. Y dependiendo de la respuesta, la conclusión podría ser: que fieles somos a nosotros mismos, que ante similares acontecimientos repetiríamos actuación, pero esta vez empuñando teléfonos móviles.